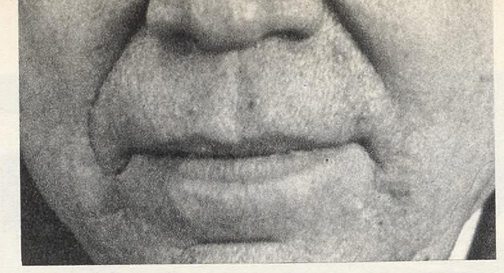
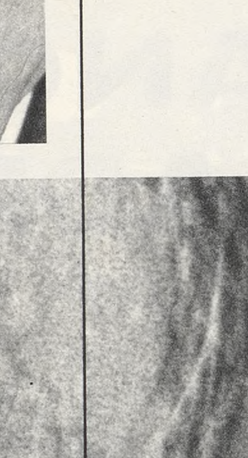
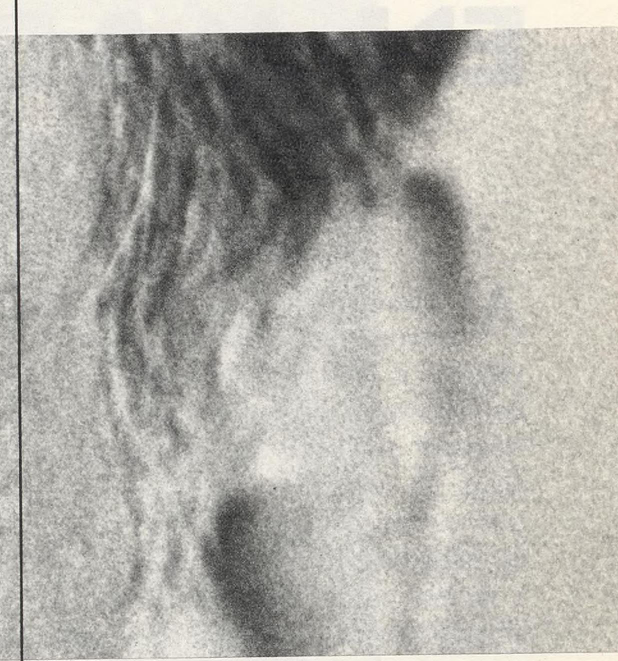
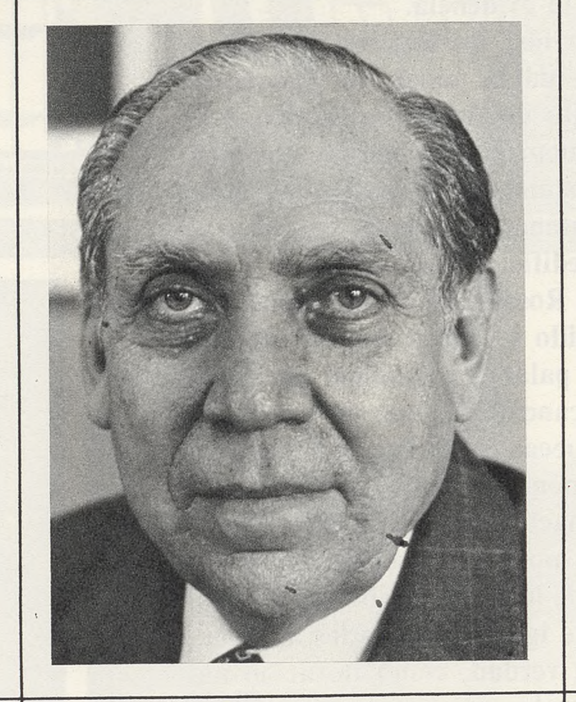
Por ARTURO USLAR-PIETRI



LA INDUSTRIA PORNOGRAFICA



LA pornografía se ha desatado en el viejo occidente con toda su desfachatada fealdad ética y estética. Es imposible acercarse a un puesto de periódicos sin hallarlo tapizado de portadas a todo color de revistas eróticas. Las tiendas especializadas en asuntos del sexo abundan y en París, actualmente, es difícil encontrar un cine donde no se exhiba una película pornográfica. Los anuncios de las fachadas son, a veces, peores que la película.

La gente pasa con cierta desenfadada indiferencia frente a esa constante y monótona feria de escenas y temas de la libido. Nunca pudo soñar Freud con una invasión semejante de aquella libido que él había encontrado, enterrada, disimulada y vergonzante, en el fondo del subconsciente.

Ahora se ha desbordado por las calles, aparece en los trajes o en los no-trajes, en las actitudes, en el lenguaje que se grita, y en todas las formas de la comunicación masiva.

Hay una rica y lamentable industria que la explota. En otros tiempos eran personajes dudosos, que vivían al margen de la legalidad, perseguidos y despreciados, quienes comerciaban clandestinamente con esta degradada y degradante mercancía. Aquellos hombres crepusculares, que con risibles precauciones, se extraían postales «indecentes» del bolsillo para ofrecerlas en una transacción disimulada al transeúnte cándido. Ahora es una grande y poderosa actividad industrial que abarca la edición, el cine, los teatros, y los más de los espectáculos públicos.

Es como un hartazgo pantagruélico y repugnante, por su calidad y su cantidad, de temas eróticos que ha invadido a la Europa liberal. Es como un cerco que nos rodea a todas horas y en todas las circunstancias. Es imposible ignorarlo u olvidarlo. Nos acecha, nos sorprende, nos persigue, nos hace su sucia proposición en todas las formas imaginables. Es como si la sociedad entera hubiera caído de pronto en un estado colectivo de adolescencia frustrada, como si todos los hombres se hubieran convertido en mirones furtivos, sin otro interés, ni otra curiosidad que mirar continuamente la representación repetida y monótona de actividades sexuales, en una obsesión sin término por el desnudo femenino.

Ha sido un buen negocio. Con un modesto presupuesto se puede hacer una película pornográfica de buen éxito. Los decorados se reducen a cuartos de hotel, los trajes no existen y los actores no tienen que saber otra cosa sino mimar en todas las formas los mecanismos fisiológicos que compartimos con los animales, de la manera más exagerada y repetitiva. A ratos el efecto es francamente cómico. Muchos de los que entran en la sala se salen a mitad de proyección y todos tienen al final un aire compungido de tonto engañado. Las revistas y los libros de la industria no son distintos. Narraciones elementales, morosas y sin imaginación, en las que cada página se parece desoladoramente a todas las otras, porque en todas no pasa sino una misma y repetida situación.

Lo peor es que muy pocos se atreven a protestar abiertamente contra esta verdadera prostitución de la decencia humana, contra esta invasión porcina de instintos elementales, que parecen ignorar que el hombre es lo que es, precisamente, porque logró elevarse por encima de los niveles del instinto que mantiene aprisionados a los otros animales. Hay quienes llegan a decir que esta abyecta industria constituye una acción revolucionaria y libertaria, que contribuye a desquiciar la sociedad civilizada. Nada es más falso. Los consumidores de estos vergonzantes productos no tienen más de revolucionarios, en los hechos o en las ideas, que los alelados mentecatos que miran por los huecos de las cerraduras.

Hay otros que piensan que ésta es una manera de destruir la moral o por lo menos esa que llaman moral burguesa. Esta presunción o pretexto es igualmente falso. Ninguna moral destruye estas inhibiciones paupérrimas y elementales en quienes a ellas asisten. Salen con la misma moral con que entraron y tratan de limpiarse del espectáculo tan pronto regresan a la calle o a la familia.

No es tarea fácil destruir la moral, como no lo es tampoco revolucionar la sociedad con la exhibición de lucrativas películas pornográficas. A la altura en que están hoy las investigaciones de la nueva ciencia de la conducta animal y de la de las sociedades primitivas, gracias sobre todo a los trabajos de Conrad y Lorenz, premios Nobel y fundadores de la nueva disciplina de la Etología, se empieza a comprender que eso que llamamos la moral no es el resultado de una convención o de una imposición ocurrida en algún momento del pasado, sino el fruto de una evolución de millones de años, anclada en los genes y que es una de las formas de la experiencia millonaria de años de la lucha por la sobrevivencia de la especie humana. La moral no es sino una forma final y evolucionada de una conducta de preservación y conservación de la especie. Los tabús, las prohibiciones, las formas de conducta social, la actitud frente a la mujer, al niño y al anciano, no fueron impuestas por ningún código, sino que surgieron como sistemas de defensa de la vida de la especie en un proceso que arranca desde los más remotos eslabones de la evolución animal. Los animales también observan entre ellos una etiqueta y unas prohibiciones que podrían llamarse, sin exageración, una protomoral.

Es difícil que esa raíz vital la puedan destruir los comerciantes de la pornografía que, por lo demás, no aspiran a otra cosa sino a la relativamente fácil de enriquecerse con su sucia mercancía.